

Alejandro Serrano y la globalización desde abajo

John W. Murphy

University of Miami

Manuel J. Caro y Luigi Esposito

Barry University

Resumen

“Globalización” es un término que en los últimos veinte años ha venido a sustituir al concepto de “imperialismo” a la hora de describir el proceso de internacionalización de la economía. Desde un punto de vista neoliberal, la globalización es un proceso siempre positivo que obedece a la evolución natural de la historia; todo el mundo será más rico y más feliz como resultado de dicho desarrollo. Este trabajo muestra que autores latinoamericanos, como Alejandro Serrano, critican este concepto de globalización, porque deja de lado las consecuencias políticas y sociales negativas que ese proceso tiene para los países pobres y para las culturas menos poderosas. Desde este punto de vista, el tipo de mundialización que actualmente se lleva a cabo ha de ser sustituido por otro tipo de globalización *desde abajo*, que no solo tenga en cuenta consideraciones económicas, sino también las sociales y culturales.

Introducción

El los últimos diez años, el término “globalización” ha cambiado su significado. En la actualidad,

la globalización es considerada como un proceso muy positivo del que todo el mundo se beneficia en todas partes del planeta: las vidas de todas las

personas cambian constantemente a mejor gracias a este proceso. La globalización representa la marcha de la historia hacia un futuro nuevo y más productivo, en el que todo individuo será más libre, más feliz, y más rico. De acuerdo a Anthony Giddens, esta trayectoria es el resultado del proceso de modernización. Serrano critica este concepto de globalización porque parece ser tanto el resultado de la razón pura, como el destino final de la humanidad¹. Autores como Fukuyama entienden la globalización como fenómeno representativo de la etapa más avanzada de la historia².

Es muy importante poner de manifiesto que este concepto de globalización encarna una gran variedad de fuerzas progresivas. Por ejemplo, se supone que la mejora de las comunicaciones y la informática, o los adelantos en la organización de las instituciones aumentarán la eficiencia de la sociedad y conseguirán que se cree una gran variedad de trabajos, con lo cual todo el mundo se verá beneficiado. Es más, al liberar a las sociedades de su preocupación por el mantenimiento físico de la población, la política se puede dedicar a la mejora de la democratización a todos los niveles. Es decir, una vez que la globalización se asiente y extienda por todos los rincones del planeta —cuando se haga realmente global—, la mayoría de las sociedades experimentarán una ola de prosperidad y libertad nunca vista; la profunda democratización de las sociedades será el producto más importante de este proceso. Durante la creación del *NAFTA* (*North American Free Trade Area*) se produjo una seria discusión acerca del impacto que esta organización podría tener en el mundo, desde esta perspectiva.

Autores como Fukuyama y Giddens han sugerido que la globalización nos lleva a una mejora democrática³ al encarnar la cualidad necesaria para el funcionamiento democrático: la competencia. A la base de la democracia está un sujeto autónomo y auto-regulado —diferenciado y separado de los demás sujetos—, responsable de su éxito o su fracaso, en un sistema de libre competencia. Ricos y pobres tendrán que competir para obtener el éxito, tanto en el trabajo como en la escuela. La globali-

zación, pues, proporciona la disciplina necesaria para hacer realidad las metas individuales y colectivas —que no son más que la suma de las individuales— de la sociedad, así como el éxito o el fracaso de un gobierno.

Esta visión tan positiva de la globalización se ha debido al crecimiento de la derecha política desde los años ochenta y a la consiguiente credibilidad que ha alcanzado el mercado como mecanismo regulador óptimo de nuestras economías y sociedades. En los sesenta y setenta, por el contrario, los críticos de izquierdas usaban el término “imperialismo” para describir el mismo proceso de extensión del capitalismo a todos los rincones del planeta asociados al colonialismo y a la dominación económica y cultural.

El término dependencia, por ejemplo, se ha usado para describir este proceso de dominación. André Gunder Frank nos explica cómo a las sociedades latinoamericanas, por ejemplo, nunca se les ha dado la oportunidad de desarrollarse y utilizar sus recursos naturales como desearan, sino que se las ha mantenido en un perpetuo estado de dependencia, el cual solo las ha llevado a una mayor pobreza⁴. Es más, las materias primas que estos países poseen se exportan a otras partes del llamado mundo desarrollado y, consiguientemente, incrementan la riqueza y el poder de los países ricos. Con esto también se aumentan las diferencias sociales con los países pobres. Esta constante búsqueda de materias primas y mano de obra baratas continúa en la actualidad. Sin embargo, ya no se la llama imperialismo, sino globalización. A diferencia del imperialismo, que sugiere una expansión económica asociada a la explotación social, la dominación cultural y el colonialismo, el proceso de globalización tiene connotaciones positivas: gracias a él, todos los países pueden unirse en un mundo moderno y rechazar juntos las costumbres sociales y los rasgos culturales que inhiben el proceso de desarrollo económico y cultural. Es decir, la palabra globalización es neutral y no tiene nada que ver con la política, es el camino que ha tomado la historia para el bienestar y la libertad general.

1. Alejandro Serrano Caldera, *El fin de la historia: reaparición del mito*, La Habana: Universidad de La Habana, 1991, pp. 9-23.

2. Francis Fukuyama, *El fin de la historia*, Barcelona, 1992.

3. *Ibíd.*, pp. 10-11.

4. Andre Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, México, 1982.

Es más interesante aún que la globalización parece haberse convertido en la única forma racional y razonable de progreso. Es decir, el énfasis se ha trasladado desde las consideraciones de orden político a otras de orden racional: la globalización no sólo es políticamente neutral, sino racional. De esta manera, dicho proceso puede proceder sin obstáculo alguno, pues no hay quien la pueda criticar. Hacerlo iría en contra de toda lógica de progreso. La críticas se dirigen ahora no al proceso en sí, sino a problemas específicos, en determinadas partes del mundo, que hacen que el proceso de globalización no funcione bien. El problema ya no es la globalización, sino la falta de globalización; el problema ya no es político, sino técnico. Giddens dijo recientemente, los conflictos en el mundo se solucionarán gracias a un aumento del nivel de globalización, nunca a su disminución, debido a que aquella puede solucionar las trabas económicas y culturales que aún separan a los pueblos⁵. Estas no son ideas que se manejan solo en el mundo académico, sino que llegan a los líderes de los países occidentales, quienes las usan para justificar sus políticas internacionales, en distintas coyunturas. Este es el caso de George Bush, quien, en octubre de 2001, afirmó, en la cumbre económica de los países de la costa del Pacífico, en Shanghai, que una mayor libertad mercantil y globalizadora era fundamental para combatir el terrorismo⁶. Es decir, el conflicto político y económico no es parte del discurso sobre el proceso de globalización, basado en el neoliberalismo⁷. En la actualidad, cualquier problema social se atribuye a error o mala planificación, pero nunca al proceso de globalización en sí. De hecho, una mayor y más profunda globalización puede arreglarlo.

Esta falta de consideraciones políticas resulta del énfasis puesto en el mercado. De acuerdo con Serrano, este nuevo enfoque se basa en una nueva concepción del cambio social: la política no

juega un papel esencial en dicho cambio. La historia es el resultado de las demandas del mercado más que de las necesidades políticas de los individuos o la lucha de clases. Serrano se refiere a este concepto de mercado actual como “mercado total”, pues se supone que organiza todos los aspectos de la sociedad moderna⁸. En el mundo de hoy, nada escapa a la influencia del mercado.

Lo más importante en estos momentos es dirimir si existen modelos de planificación social alternativos, que reflejen realmente los deseos de los individuos de a pie, y no ciertas imágenes abstractas de la sociedad, como la del mercado. El mercado se suele entender como la representación abstracta de los intereses de una sociedad que, por tanto, toma decisiones dentro de ese contexto predeterminado y limitado. Lo que Serrano intenta ilustrar es que existen otras posibilidades a la hora de organizar y desarrollar una comunidad. Pero antes de que estos estilos alternativos de sociedad se puedan introducir, se han de dar ciertos cambios filosóficos, tanto entre los políticos como entre los ciudadanos.

La frase “globalización desde abajo” se está usando hoy en día para describir esta nueva estrategia⁹. Lo crucial de esta definición de globalización



5. Antonio Polito, “Recuperaremos los valores de occidente”, entrevista con Anthony Giddens y Ralph Dahrendorf, *El País*, 18 de octubre de 2001.
6. Leslie Wayne, “For Trade Protesters, Slower, Sadder Songs”, *The New York Times*, 28 de octubre de 2001, pp. 3.12 y 3.14.
7. Ver, por ejemplo, el tipo de discusiones compiladas en Hutton, Will y Anthony Giddens (Eds.), *Global Capitalism*, Nueva York, 2000.
8. Alejandro Serrano Caldera, *Los dilemas de la democracia*, Managua, 1995, p. 27.
9. Jeremy Brechner, Tim Costello y Brendon Smith, *Globalization from Below*, Cambridge, MA, 2000.

es que la planificación racional y organizada de una sociedad se ha de construir desde las bases populares, y no desde sus centros financieros. El propósito de este artículo es iniciar una discusión sobre cómo la filosofía social de Serrano contribuye a la creación de este nuevo tipo de planificación que, siendo socialmente más sensible, refleja la *praxis* humana y no las fórmulas abstractas y los intereses económicos o políticos de ciertos individuos.

El mercado y el neoliberalismo

Muchos escritores y estudiosos defienden que en el estudio de la globalización se ha producido un cambio de paradigma, en el sentido de Kuhn: la realidad de la vida económica ha cambiado, en las sociedades modernas. La teoría económica keynesiana desaparece y se sustituye por la neoliberal¹⁰. Este cambio ha significado que el énfasis del discurso económico se ha trasladado de la sociedad al mercado.

Keynes pensaba que la economía no podía funcionar con efectividad sin tener en cuenta las necesidades sociales: se habían de crear las condiciones necesarias para que todo el mundo pudiera participar en el mercado y ser tratado de igual manera. Para Keynes, la economía no es simplemente la actividad de comprar y vender, sino que es un proceso social, el cual ha de ser regulado, si es que la armonía del mercado ha de mantenerse. Los estudiosos de derechas, por el contrario, declaran que las tesis de Keynes socavan la economía al poner demasiado énfasis en factores sociales, que impiden el libre comercio. Cualquier economía que se base en los principios keynesianos, pues, se carga de responsabilidades sociales innecesarias y es, por tanto, ineficiente. Con el objeto de mejorar la economía, los neoliberales empiezan por enfatizar el mercado y dejar de lado las consideraciones sociales. De esta manera, eliminan las distracciones que interfieren en el mercado. La política y la ética, por tanto, destruyen su funcionamiento, pues introducen elementos irracionales.

De acuerdo con el neoliberalismo, en los países del llamado tercer mundo, la eficiencia del mer-

cado ha sido destruida por la injerencia de determinados partidos políticos radicales. El problema de estos partidos, dicen los críticos de derechas, es que han perdido la fe en el libre mercado y lo constriñen. Si fuéramos capaces de eliminar estas injerencias, podríamos hacer que el mercado empezara a funcionar apropiadamente y, por tanto, que estos países se desarrollaran. Esta es la política del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional.

Una vez más, sin embargo, hemos de preguntarnos cómo es posible que el mercado y la política se consideren cosas distintas, o incluso contradictorias y opuestas. Por más que a los neoliberales les guste pensar que el mercado está libre de toda carga ideológica, detrás de dicha idea existe una ideología que Serrano llama "la cultura del mercado"¹¹. Según Marx, la meta de toda ideología es dar a la realidad la apariencia de ser algo absoluto y de estar al margen de la historia. En el caso de la cultura del mercado, se hace parecer al mercado como algo que no tiene nada que ver con la política o con la sociedad: el mercado epitomiza la razón y existe *sui géneris*, es decir, es elevado a "categoría absoluta"¹². En el mercado, las reglas son autónomas y las personas se comportan según el principio de maximización del beneficio. Para cualquier comerciante que pretenda ser próspero, este principio es lo único importante; la ética o el impacto social de sus actos *económicos* carecen de importancia. Lo más interesante de este proceso sigue siendo cómo se ha llegado a esta creencia, cuáles son los componentes de dicha ideología, y cómo se ha conseguido que el mercado sea conceptualizado como un medio no social para proporcionar un orden económico y cultural. Veamos algunas de las claves más importantes para entender este proceso.

*Para los neoliberales, el individuo es el elemento más importante de la economía*¹³. Como son nominalistas, piensan que la sociedad consiste meramente de individuos autónomos, que persiguen sus propias metas. Para éstos, las relaciones sociales son una mera opción. Sin embargo, pronto abandonan el nominalismo para poder integrar a estos individuos dentro de un orden social estable. El mercado es el concepto que los neoliberales usan

10. Jaime Ros, "Teoría y política macroeconómica: debates y desafíos", en Lorena Galindo (Ed.), *América Latina: crítica del neoliberalismo*, México, 1992, pp. 11-12.

11. Alejandro Serrano Caldera, *La unidad en la diversidad*, Managua, 1993, p. 12.

12. Serrano Caldera, *Los dilemas de la democracia*, p. 27.

13. Serrano Caldera, *La unidad en la diversidad*, p. 125.

para hacer esta maniobra filosófica. El mercado es un campo distinto del de la sociedad, que tiene sus propias normas y obedece a una lógica específica. Dentro del mercado, los individuos atomizados gozan de una libertad que no pueden encontrar en ninguna otra dimensión de la sociedad, pues en él no hay factores sociales que puedan coartar su libertad. En el mercado, solo la lógica económica —que es racional y pura— dicta el comportamiento de las personas. Por lo tanto, el llamado *homo economicus* es central para la idea de realidad social de los neoliberales.

El mercado respeta solo la racionalidad, dejando cualquier otro valor de lado. Como consecuencia, solo el comportamiento racional aumenta los beneficios de una persona y le permite tener éxito: en el mercado, cualquier decisión que no sea racional se castiga con pérdidas económicas. Este castigo o éxito, sin embargo, es justo e imparcial, pues obedece a unas normas que no son humanas, sino universales y racionales: el mercado es justo. El mercado, pues, provee la manera más rigurosa de probar la bondad y el mérito de cualquier idea o propuesta. En este sentido, al mercado se le da una categoría parecida a la que tienen las “Ideas” de Platón, pues se considera un patrón irrecusable para la evaluación de cualquier cosa.

A causa de este compromiso con la razón, el mercado no es local, sino universal. Esta forma de racionalidad tiene su base más allá del tiempo y del espacio y, por lo tanto, tiene validez en cualquier parte del mundo. Como Serrano sugiere, el mercado se basa en una cultura específica válida en todas partes, pues contiene los ideales culturales que todo el mundo desea emular¹⁴. Por ejemplo, el mercado pone a prueba la racionalidad, la inteligencia, la sabiduría y la firmeza de la gente, y solo permite que los más fuertes sigan adelante, con lo cual la sociedad se beneficia de lo mejor que las personas pueden aportar. Estas espléndidas

cualidades universales, proporcionadas por el mercado, son aquellas que los filósofos llevan siglos buscando con el objeto de mejorar nuestras vidas. Sin embargo, nos dice Serrano, estas cualidades que el mercado promociona terminan por suprimir las características sociales particulares de los individuos y, por tanto, fomentan la homogeneidad¹⁵. Solo un tipo determinado de valores es considerado aceptable; los demás han de desecharse. La cuestión está en cuáles —y de quién— son esos valores que se consideran óptimos.

La frase “globalización desde abajo” se está usando hoy en día para describir esta nueva estrategia (9). Lo crucial de esta definición de globalización es que la planificación racional y organizada de una sociedad se ha de construir desde las bases populares, y no desde sus centros financieros.

El mercado se basa en la competencia. La mayoría de la gente cree que todo se beneficia de este proceso: lo mismo el fútbol que la economía. La competencia es un proceso universal, que demuestra a todos la diferencia entre lo bueno y lo malo. Esta idea presupone que todos los participantes en el mercado basan su comportamiento en las mismas pautas: aquellas normas racionales de la estricta lógica económica, las cuales están en consonancia con la naturaleza de la humanidad, es decir, con la racionalidad. Serrano apunta que debido a esto, se piensa que el mercado facilita “la selección natural de las especies”¹⁶. ¿Qué mecanismo podría ser más de fiar que uno que obedece a leyes naturales? ¿Cómo podríamos resistirnos al poder de la naturaleza?

El lado oscuro del mercado

Debido al énfasis desmesurado que ponen en el mercado, los neoliberales tienen una idea de la realidad muy restringida. De hecho, incluso podríamos decir que su concepto de realidad social es una fantasía. Dentro del mercado, el intercambio entre los participantes es considerado como rutinario y nada problemático, debido a que todos ellos se comportan de forma similar, siguiendo las mismas leyes. A pesar de tener biografías y culturas diferentes, todos los *comerciantes* responden de forma similar a las señales y los cambios del merca-

14. Serrano Caldera, *Los dilemas de la democracia*, p. 12.

15. Serrano Caldera, *La unidad en la diversidad*, p. 42.

16. Serrano Caldera, *Los dilemas de la democracia*, p. 31.

do: no existen diferencias en relación al comportamiento en el mercado, debido a la cultura, la etnia, o el género de los participantes.

En el nombre de la racionalidad, la realidad, desde la perspectiva vista del mercado, es homogénea y refleja un "arquetipo de la sociedad"¹⁷ específico, que consiste en que los valores económicos dominan a todos los demás y establecen la armazón universal para evaluar toda forma de conducta. Serrano introduce esta idea para criticar el hecho de que la economía ha pasado a ser la motivación principal del ser humano y el factor clave que sostiene las instituciones sociales. La idea de que la economía se relaciona con valores estéticos, filosóficos, o étnicos no se considera importante, ni siquiera pertinente. El elemento humano es simplemente una variable más que se introduce en el algoritmo que determina tanto las ganancias como las pérdidas económicas. Cualquier cultura que no valore la economía hasta este punto queda necesariamente al margen de la sociedad global.

Además de alentar el reduccionismo cultural, los neoliberales también pasan por alto el poder económico y otras formas de dominación cultural. El poder es considerado un mero elemento que introduce el error, el cual puede ser eliminado por el correcto funcionamiento del mercado. Así, las diferencias de clase social serán eliminadas en un mundo mercantil libre y próspero. De la misma manera, los neoliberales no creen que el racismo o la intención de mantener diferencias o ventajas sociales formen parte del mundo del libre intercambio, encarnado por el mercado. Estos factores son irracionales y, por tanto, no pueden sobrevivir en el crisol de la racionalidad. Dicho de otro modo, a largo plazo, el funcionamiento del mercado no está sujeto a los mecanismos del poder.

El resultado de esta ideología neoliberal es un mercado para el cual la vida y las circunstancias sociales de las personas son irrelevantes. De hecho, las personas pierden el control de la economía y del resto de su existencia. En pocas palabras, el mercado es autónomo y controla toda actividad: los seres humanos se han de plegar a sus exigencias.

Muchos críticos sociales, sin embargo, han manifestado, siguiendo a Marx, que este tipo de sociedad es contraria a la libertad personal y a la vida comunitaria sana. La alienación de las personas se hace endémica en esta sociedad, puesto que la expresión de la personalidad individual y del grupo social (etnicidad, género y cultura) se pierde y se denigra. Por tanto, este tipo de sociedad no parece ser muy proclive a la democracia. Como afirma Serrano, hemos de acabar con el "totalitarismo del mercado" si es que el desarrollo ha de llegar a todas las sociedades, en particular a las del tercer mundo¹⁸. La idea es que una economía que no considera a las personas como elementos importantes es una economía que no atiende a las necesidades y los deseos de dichas personas y, por lo tanto, una economía miope y peligrosa para los individuos, sobre todo para los menos privilegiados.

Está claro, pues, que el mercado tiene serias limitaciones, tanto teóricas como filosóficas. Sin embargo, las consecuencias de estas fallas son reales, es decir, no se limitan al mundo de las ideas. Tras la apariencia de neutralidad que el mercado proyecta se esconden políticas más que devastadoras para muchos países del mundo. Estos países son más pobres ahora que hace cinco años. Los llamados ajustes económicos, del tipo que suele proponer el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, se introducen en muchos países de América Latina y hacen crecer el desempleo, disminuyen la calidad del sistema sanitario y destruyen distintos sectores de la agricultura¹⁹. Algunos de estos países, por ejemplo Nicaragua y El Salvador, han llegado casi al borde del colapso, debido a este tipo de políticas.

En otras palabras, con el pretexto de mejorar la eficiencia del mercado, los intereses de una clase determinada de financieros internacionales se han impuesto a los intereses de muchos países y pueblos. La consecuencia es que la clase obrera se debilita y depaupera, mientras que los inversionistas extranjeros se enriquecen, junto con las élites locales que están conectadas a ellos. Por eso, el neoliberalismo representa una nueva forma de colonialismo que parece funcionar de manera distinta a como lo hacía su predecesor. Pero, en el fondo, la

17. *Ibid.*, p. 125.

18. *Ibid.*, p. 16.

19. Atilio A Boron, "Requiem para el neolincralismo". Manuscrito sin publicar, 2001.

mayoría de la población es controlada por las mismas fuerzas del mercado, las cuales esconden la voluntad política de una serie de terroristas económicos.

Los proyectos de globalización desde abajo

Un nuevo concepto ha entrado en el discurso acerca de la globalización, la “globalización desde abajo”. Lo que se quiere decir con esta idea no está del todo claro, pero muchos académicos y activistas políticos creen que esta nueva manera de entender el mundo actual puede ayudarnos a resolver muchos de los problemas que afrontan tanto los países del tercer mundo como los más desarrollados. La idea clave de esta manera de entender la globalización es que este proceso ha sido manipulado y controlado por una serie de grandes inversores. La naturaleza elitista de este reducido grupo ha hecho que la mayoría de las personas haya sido excluida de la planificación de los proyectos económicos, en el nivel internacional. Como consecuencia de este elitismo, los intereses de las clases obreras y medias han sido completamente ignorados, y unos pocos individuos se han hecho cada vez más ricos y poderosos. Para remediar esta desigualdad, muchos estudiosos sostienen que la participación en los procesos de decisión económicos ha de ser más democrática y plural. Si este cambio no se produce, la globalización hará que las condiciones sociales en, por ejemplo, América Latina empeoren aún más. Tal como Serrano apunta, si no se democratiza y pluraliza, la globalización producirá “la mundialización de la miseria, el ejército móvil de desocupados, y la disminución de las condiciones de trabajo”²⁰.

Con el objeto de asegurar la participación de un mayor número y variedad de personas en los procesos de planificación económica y política, el

concepto de “globalización desde abajo” se ha hecho popular, en ciertos ámbitos académicos y políticos. Sin embargo, hemos de tener muy en cuenta que este proceso no implica simplemente una descentralización de la política, pues mover el poder del centro a la periferia geográfica puede terminar en la exclusión de ciertas personas de esa periferia. Hemos de ir más allá de esa mera descentralización y conseguir que las jerarquías sociales y culturales desaparezcan de verdad —el control de las organizaciones ha de democratizarse y diversificarse también. Solo entonces todo el mundo podrá participar realmente de los procesos de decisión políticos, sociales y económicos.

Ernesto Cardenal, por ejemplo, llama a esta nueva manera de organizar la sociedad “democratización de la cultura”²¹. Lo que Cardenal y otros inte-

[...] los valores económicos dominan a todos los demás y establecen la armazón universal para evaluar toda forma de conducta. Serrano introduce esta idea para criticar el hecho de que la economía ha pasado a ser la motivación principal del ser humano y el factor clave que sostiene las instituciones sociales.

lectuales, en la misma línea, intentan decir con esta frase es que la democracia no podrá existir hasta que hayan sido eliminadas todas las barreras para la participación plena en la política, lo social y cultural. Este proceso nuevo y radical se basa en el principio de que todas las personas y culturas tienen algo que aportar y en que todos los puntos de vista han de ser tenidos en cuenta y evaluados de forma justa: no hay ideas buenas o malas *a priori*; todo ha de discutirse. Para que esto llegue a producirse es fundamental que todo el mundo participe, no solo en la organización de la economía o la sociedad, sino, además, en la organización de sus trabajos y actividades cotidianas. El argumento fundamental de Serrano es que ni las instituciones en sí mismas, ni la cultura que éstas producen son autónomas. Por ello, nada queda fuera del alcance y control de las personas. Tanto los individuos como los grupos sociales han de tener capacidad para expresarse con voz propia, por lo que el pueblo *ni tiene* cultura, *ni la deja de tener*, sino que *es* cultura, una cultura que puede guiar el desarrollo de la economía²².

20. *Ibid.*, p. 21.

21. Ernesto Cardenal, *La democratización de la cultura*, Managua, 1982.

22. Serrano Caldera, *Los dilemas de la democracia*, p. 28.



Mientras que para una sociedad democrática, el ejercicio de la *praxis* humana es fundamental, para el mercado no lo es. Aunque el mercado está basado en el individuo, este individuo se expresa dentro de los constreñimientos propios de un mercado que se convierte en absoluto y todopoderoso. La libertad de las personas, dicho de otro modo, está limitada por leyes económicas universales. La *praxis*, en este tipo de realidad, es meramente pragmática, pues está muy constreñida y solo puede ceñirse a los límites de lo posible, y no de lo deseable. Como algunos críticos del libre mercado exponen, la conducta auténtica y genuina de las personas, su verdadera expresividad, no se puede dar dentro de los límites marcados por el mercado. Es decir, siguiendo la tesis de la autolegislación de

Kant, podemos decir que las personas no pueden autodefinirse o formar una realidad propia dentro de este mercado absoluto²³. El mercado se les impone y no pueden más que plegarse a él.

Serrano y la femocracia madura

Alejandro Serrano es un filósofo social nicaragüense, cuya aportación a los debates actuales sobre la globalización es tan importante como novedosa. De forma semejante a otros teóricos, Serrano opina que la globalización ha causado muchos problemas en América Latina, y que, por eso, este proceso ha de ponerse bajo el control de quienes viven en esta región del mundo²⁴. De hecho, aboga por que se aplique una perspectiva propiamente latinoamericana al estudio y al desarrollo de estos procesos históricos. Dicho cambio, sin embargo, no podrá nunca realizarse a través de la intervención del mercado o del Estado, porque estas instituciones no representan las opiniones ni los intereses de los ciudadanos.

De manera parecida a otros críticos, Serrano también arguye que el desarrollo y fortalecimiento de los movimientos sociales populares de América Latina son cruciales para que la ciudadanía recobre el control tanto de sus vidas, como del proceso de globalización²⁵. Por eso, Serrano puede considerarse participe de los llamados movimientos postdesarrollo que han comenzado a surgir en América Latina y que rechazan el modelo de planificación científico y centralizado, en el cual se basa la globalización actual.

Lo que distingue a Serrano de otros teóricos de estos movimientos es que atiende a las bases filosóficas del mercado y, de esta manera, explora la posibilidad de que éste pueda no tener los fundamentos humanitarios que se le suelen atribuir. Vistas desde esta perspectiva, por ejemplo, las manifestaciones contra la globalización tan frecuentes en estos días, pueden no ser consideradas como faltas de realismo económico, ni como intento para bloquear un progreso que es imparable. Al contrario, estos movimientos pueden ser considerados

23. Fernando Salmerón, *Diversidad cultural y tolerancia*, México, 1998, p. 54.

24. Arturo Escobar, *Encountering Development*, Princeton, NJ, 1995, pp. 212-226. Ver también, *El final del salvaje*, Bogotá, 1999, pp. 55-74.

25. Manuel Castells, *The Power of Identity*, Oxford, 1997, pp. 68-83. Ver también Sonia E. Álvarez y Arturo Escobar, "Conclusión: Theoretical and Political Horizons of Change in Contemporary Latin American Social Movements", en *The Meaning of Social Movements in Latin America*, editado por Arturo Escobar y Sonia E. Álvarez. Boulder, CO, 1992, pp. 316-329.

como intentos por producir un modelo de futuro alternativo. La visión de Serrano hace que podamos entender que no se puede definir lo que es posible o imposible de hacer *a priori*. Tan solo la creatividad humana pone restricciones a la realidad.

Para que esta creatividad sea posible, sin embargo, necesitamos el desarrollo de una nueva ética. Contrario a lo que muchos otros escritores hacen (por ejemplo, Giddens), Serrano no evade esta responsabilidad. Para él, una vez que la *praxis* humana es devuelta al centro de toda realidad, ya no hay garantía posible para la estabilidad y la cohesión de la sociedad. El orden ya no existe *sui generis*, es decir, de forma autónoma, sino que es creado por la interacción entre las personas y puede asumir muy diversas formas. El mercado es sólo una de estas opciones, y no la más justa. Para que la justicia sea la base de las relaciones interpersonales, ha de crearse una nueva ética, que no sea anatema de la expresión personal y social, esto es, de la *praxis* humana. Por consiguiente, el proceso de globalización podría llegar a ser controlado y producido por las gentes y los pueblos de América Latina.

Las ideas que Serrano tiene acerca de la democracia verdadera se pueden resumir con el concepto de "democracia madura". Esta terminología describe el tipo de democracia necesaria, tanto en los países desarrollados como en aquellos en vías de desarrollo, si es que queremos que la economía se fortalezca y la democracia se diversifique. Al igual que Ernesto Cardenal, Serrano propone una democracia que vaya más allá de la descentralización de la economía o de los procesos de toma de decisiones²⁶. El proyecto clave de esta democracia madura es eliminar las "condiciones estructurales" que inhiben la extensión de la participación de la gente, en todas las dimensiones de la economía, la política y la cultura. A través de este proceso, Serrano espera crear una cultura política, a la cual llama "cultura del consenso"²⁷.

Lo más interesante del pensamiento de Serrano es que opera a dos niveles, teórico y práctico. Entiende que el cambio social ha de estar guiado por

la reflexión crítica, si es que el realismo y el pragmatismo reduccionistas del mercado han de ser vencidos²⁸. Si somos capaces de argumentar que el mercado no tiene las bases universales y autónomas que los neoliberales pretenden darle, podremos hacer ver a la gente lo que es verdaderamente: una ideología como otra cualquiera, sujeta a las demandas sociales y creada por unas personas determinadas con unos determinados intereses. El mercado es simplemente una forma de organización social entre otras muchas. Por lo tanto, no encarna mejor que otras la racionalidad pura, sino solo un tipo determinado de racionalidad. De esta manera, por ejemplo, podríamos proponer los cambios —antes considerados utópicos— necesarios para la consecución de la verdadera democracia, sin que se nos considere como locos o poco pragmáticos.

Por otro lado, al igual que cualquier otra cultura, la cultura del mercado tiene un valor limitado y no universal ni autónomo. Una vez conseguido esto, el pragmatismo del mercado no es muy diferente del utopismo que los neoliberales asocian a cualquier política que se salga de la racionalidad económica dictada —ahora ya podemos verlo con claridad— no por el mercado, sino por ellos. Esta de construcción del mercado permite la promoción de otros valores, que pueden existir juntos y en armonía. Serrano caracteriza esta relación entre culturas como "la unidad en la diversidad"²⁹. En términos posmodernos, Serrano propone que el orden social se puede basar en la diversidad, y no en un principio autónomo, impuesto a la sociedad y a las personas y así las homogeneice.

Muchos de los defensores de esta nueva manera de entender el orden social, fundado en el diálogo, se quejan de que a la política no se le concede el lugar que merece, en la planificación del desarrollo de las instituciones sociales y culturales. Habermas, por ejemplo, describe el espacio en el que tiene lugar el intercambio social como "una situación discursiva ideal"³⁰. Esta situación ideal está libre de toda política y, por tanto, el orden adquiere cierto tono platónico, el cual está poco relacionado con la realidad del día a día.

26. Cardenal, *La democratización de la cultura*.

27. Serrano Caldera, *La unidad en la diversidad*, p. 6.

28. *Ibid.*, p. 17.

29. *Ibid.*, p. 6.

30. Jürgen Habermas, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, 1975. Ver también *Teoría de la acción comunicativa*, Vols. 1 y 2, Madrid, 1987.

Serrano no comete este error. Al contrario, explora las conexiones existentes entre las prácticas políticas, que delinear la democracia de una nación y las distintas formas de dominación³¹. En lugar de proponer la homogeneización de las distintas opiniones políticas, mantiene que todas las opciones se pueden reconciliar en algo que no sea una gran síntesis hegeliana. En pocas palabras, la construcción de una nación se puede basar en el reconocimiento de las diferencias sociales y culturales, y en la yuxtaposición de estos elementos. Serrano argumenta que este tipo de organización social es el resultado de un nuevo "contrato social" verdaderamente inclusivo y plural³².

La crítica antidualista que Serrano introduce hace que la realidad haya de entenderse como mantenida por las personas, en sus intercambios cotidianos, y no por normas absolutas, prístinas y naturales, que la sociedad sigue. Pero si estas normas absolutas ya no son tales, sino que son solo unas posibilidades entre muchas otras, las bases tradicionales del orden se pierden y se hace necesaria una nueva manera de entender la sociedad. Esta nueva forma de conceptualizar el orden social es lo que Serrano llama "nueva ética política"³³. De acuerdo con esta idea, ya no hay realidades *a priori*, ni *sui generis* en las cuales se base el orden social y a las cuales todo el mundo tenga que sujetarse. El antidualismo de Serrano hace que el mercado ya no tenga las bases sólidas de las cuales gozaría, según los neoliberales, y que el único cimiento posible para el orden social sea la *praxis* de los individuos. Ya no hay restricciones posibles a la participación de todos en las instituciones y en la toma de decisiones políticas, económicas y sociales.

A este nuevo orden social, basado en la *praxis* humana, Serrano lo llama "auténtico sincretismo", pues representa la integración de todas las culturas,

en un conjunto no hegemónico³⁴. En contra de lo que proponía Althusser, por ejemplo, el orden sincretico nunca podrá justificar la creación de una jerarquía, ni la dominación de un elemento del conjunto sobre todos los demás³⁵ —léase estructura, Estado, mercado, etc.—. El único absoluto que existe es el espacio interpersonal, en el cual los individuos negocian constantemente su realidad de igual a igual. Una realidad que ya no es opresiva, pues es creada por la gente, y no por valores universales a los cuales haya que someterse; es un destino común, creado por el esfuerzo colectivo.

Entre las consideraciones prácticas de Serrano está la de que la evolución de las sociedades no ha de ser entendida meramente como desarrollo económico. La justicia social es un valor fundamental en estas sociedades democráticas maduras. Esta justicia ha de llegar hasta los rincones más recónditos de la sociedad, incluidos los lugares de trabajo. Serrano muestra que la produc-

En términos posmodernos,
Serrano propone que el orden social
se puede basar en la diversidad,
y no en un principio autónomo,
impuesto a la sociedad y a las personas
y así las homogeneice.

tividad económica aumentaría si a los trabajadores se les permitiera organizar y planificar sus trabajos, en todos los niveles. Esta participación haría que el grado de alienación disminuyera de una manera increíble y que todo el mundo aprendiera a trabajar y a compartir sus ideas, sus proyectos y sus recursos con los demás. Resultado importante de estos cambios sería el aumento de la creatividad y de la dignidad del individuo y del grupo. Serrano llama a esta estrategia de organización democrática "auténtico desarrollo"³⁶.

La originalidad del planteamiento de Serrano sobre la diversidad cultural es la superación de la simple multiculturalidad. Serrano opina que una nación étnicamente diversa no puede basarse en el multiculturalismo, puesto que éste niega la necesidad de una cierta comunidad de las distintas culturas. En cambio, propone una *unidad en la diversi-*

31. Serrano Caldera, *Hacia un proyecto de nación*, Managua, 2000.

32. *Ibid.*, p. 137.

33. Serrano Caldera, *La unidad en la diversidad*, p. 18.

34. *Ibid.*, p. 31.

35. L. Althusser, *For Marx*, Nueva York, 1970, p. 202.

36. Serrano Caldera, *La unidad en la diversidad*, pp. 108 y 145.

dad, es decir, una sociedad unificada en torno a la diversidad de sus gentes. En este aspecto particular, Serrano critica el posmodernismo del concepto de multiculturalidad de teóricos estadounidenses y europeos.

Conclusión

Desde hace unos años, Hans Kung dirige un movimiento ecuménico que pretende formular principios éticos y universales que produzcan un desarrollo económico más justo³⁷. El principal problema de su programa ético es que se basa en la semejanza de las personas y culturas, es decir, en lo que tienen en común. Por ejemplo, Kung cree que las religiones deberían cooperar entre ellas, debido a que comparten ideales y objetivos comunes. Este énfasis en lo común, sin embargo, puede ser desastroso cuando se aplica a las culturas, pues ignora la diferencia y promueve una homogeneidad que tiene como base unos ideales que suelen ser occidentales y blancos. Estos ideales —los absolutos de los que hemos venido hablando en este trabajo— justifican la dominación europea, pues alguien tiene que encarnar dichas ideas; alguien tiene que ser el centro de la historia y del orden social. De esta forma, las ideas de Kung terminan siendo otra forma (?): justificar la hegemonía europea en América Latina. Este resultado es, precisamente, lo que Serrano intenta evitar con el objeto de que todas las culturas y pueblos desarrollen sus propias identidades.

Por otro lado, el sistema ético que propone Serrano no es tan reduccionista como el de Kung. De hecho, a diferencia de Kung, Serrano basa su versión de la sociedad en la celebración de la diversidad y el fomento del multiculturalismo, con el objeto de evitar la dominación y la explotación de un grupo social por otro. La ética que propone Serrano es semejante a la defendida por Emmanuel Lévinas, pues se funda en una ontología que no culmina en una totalidad hegeliana, sino en la alteridad.

En esta ética, las relaciones humanas se basan en las diferencias de sus participantes y no en estándares absolutos³⁸: diferentes culturas coexisten en toda su diferencia. En la ética de Lévinas y Serrano, el “otro” es otro en toda su alteridad, y no simplemente una variante inferior al “yo”. Para Serrano, el tipo de homogeneidad promovida por una sociedad basada en las semejanzas es desastroso para la democracia, pues mucha gente no puede expresar lo que es. Este hecho, que muchos teóricos de la globalización, como Giddens o Robertson³⁹, han dejado siempre de lado, es la contribución clave de Serrano al discurso actual acerca de la globalización, la ética y la democracia.

Para Serrano, la ética ha de incluir todas las posturas y ha de incrementar la diversidad actual de nuestras sociedades. Es decir, nuestras sociedades tienen el imperativo moral de proteger y fomentar la diferencia social y cultural. Cualquier sistema que viole este compromiso es inmoral y debe ser abandonado. La economía neoliberal es uno de estos sistemas. Por lo tanto, el mercado, como principio organizador de nuestras sociedades, debe ser sustituido por algo que predique la diferencia: el principio de Serrano de *la unidad en la diversidad*. Solo de esta forma podemos establecer una sociedad que, de verdad, se base en las necesidades y los deseos de *todas* las personas.



37. Hans Kung, *Christianity and the World Religions: Paths of Dialogue with Islam, Hinduism, and Buddhism* (Garden City, Nueva York, 1986).

38. Emmanuel Lévinas, *Totalidad e infinito: ensayo sobre la exterioridad*, Salamanca, 1977.

39. Roland Robertson, *Globalization: Social Theory and Global Culture*, Londres, 1992.